

Leer, escribir, leer... los oficios de un autor

Hugo A. Espinoza Rubio
UNAM

Ricardo Garibay (n. en Tulancingo, Hidalgo, 1923), conocido en el ámbito cultural de México como asiduo colaborador del medio cinematográfico con un sinfín de guiones, cofundador de la revista *Proceso* y autor de una prolífica obra que lo ha hecho merecedor de premios literarios, nos entrega en dos de sus libros, *Paraderos literarios* y *Oficio de leer*, (1) una bitácora cuyas anotaciones rebasan el mero inventario de lectura de textos y autores por él criticados, degustados, desdeñados o admirados; más bien es como una especie de pesca, sólo que en este caso se tira el anzuelo al estuario de las letras no para atrapar peces sino «astucias literarias».

Dicha frase (cuyo origen proviene de otro escritor mexicano que la acuñó: «Astucias literarias... la aprehensión de ese momento, tan caro al espíritu, en que una palabra se une feliz —o astutamente— a otro», Emilio Uranga) le parece atractiva a Garibay «por su poder de sugestión y porque entraña la desembocadura de una vida dada a la literatura, parece que

viene de Gracián y luego de Borges [...]”, y decide redefinir las astucias literarias así: «El caro e inesperado momento en que una palabra se une feliz o astutamente a otra y nos muestran juntas una de las urdimbres secretas de la vida”. (PLs, 182-183)

En primera instancia, nos queremos detener en este último punto —a propósito de la mención de Jorge Luis Borges, quien, en el prólogo a la colección «Biblioteca personal”, repite de sí mismo: «Que otros se jacten de los libros que les ha sido dado escribir; yo me jacto de aquellos que me fue dado leer. [...] No sé si soy un buen escritor; creo ser un excelente lector o, en todo caso, un sensible y agradecido lector”—, pues Garibay (guardadas las proporciones y cual paráfrasis de la cita anterior) dice lo mismo cuando confiesa: «...es lo que la lectura arrima al oficio de escribir, que dura ya tantos años. [...] Como la vida, a los setenta y un años de edad, ha pasado más leyendo que viviendo, si se abre un compás de espera en la lectura, no se siente la vida; un avergonzado sentimiento de parasitismo invade el ánimo, uno sabe que no tiene derecho a nada, la imaginación se absorbe en naderías agotada y hambrienta”. (OfL, 13, 17-18)

Nos detuvimos deliberadamente en estas citas sobre la lectura porque, en apariencia, significan lo mismo en ambos escritores, sólo que para uno de ellos, Garibay, es el único oficio a seguir después de *agotar* el de la escritura, según ciertas reflexiones en los dos libros aquí abordados.

Ricardo Garibay, en la búsqueda de una respuesta a su sensibilidad como escritor y lector la encuentra conforme devora cuanto texto literario llega a sus manos; recorre cada una de sus líneas tratando de tropezar con hallazgos dignos de detenerse en ellos, es decir, encontrar en los caminos de las letras paraderos literarios, que es la otra denominación que él ha dado a las astucias literarias.

Cada paradero es una frase en la que su respectivo autor ha logrado captar y mostrar con ello las entretelas de la vida que, muchas de las veces, no advertimos. Estas sutilezas pueden provenir de muy diversas latitudes y ser de índole variopinta, además de que a través de las mismas se percibe un denominador común: la fantasía, inherente a toda literatura.

La imagen que más se aproxima al mensaje que nos deja la lectura tanto de *Paraderos...* como de *Oficio...* —aunque en realidad uno es la continuación del otro— es la de un gran retablo en el que se muestra al mundo en su totalidad mediante unas frases que compendian la sensibilidad y la fantasía humanas, todo ello plasmado a través de la palabra artística.

Nos rehusamos —al igual que Garibay, quien se rehusa a contarle a su lector las historias en las que él ha encontrado estas astucias literarias para no privar a éste de la alegría de leerlas, además de recomendarle la búsqueda y afortunado encuentro de dichas obras— a transcribir varios de los ingeniosos paraderos que este autor fue engarzando uno tras otro a lo largo de sus libros, para no vedar al lector el placer de que los disfrute sin intermediación alguna. Nuestra recomendación es que quien lea las presentes líneas se aventure a arrojar por cuenta propia el anzuelo a estas u otras aguas para ver si al final de la jornada —cualquiera que sea su duración— le resultó fructífera esta práctica de pesca, en la que el intelecto sería la caña y la sensibilidad humana el señuelo.

Finalmente, cabe recordar que también son éstos los oficios de un lector, y que por ser compartido uno de ellos es conveniente desempeñarlo con la misma sensibilidad y agradecimiento, según las palabras de Jorge Luis Borges.

Ricardo Garibay, *Paraderos literarios*
(México: Joaquín Mortiz, 1995) y
Oficio de leer (México: Océano, 1996).

NOTA

- 1 Estos textos —cuyo género no se inscribe propiamente dentro de la crítica literaria, debido a la falta de rigor en la misma, podríamos considerarlos más bien como una especie de diario o itinerario intelectual del autor— en algunos casos, por comodidad, los citaremos abreviados así: PLs y OfL, además de la página de donde se extrajo la respectiva cita, todo esto entre paréntesis.